

## EL ABATE MOLINA Y SU POEMA “SOBRE LOS RÍOS DE CHILE”

### *ABBE MOLINA AND HIS POEM “SOBRE LOS RÍOS DE CHILE”*

Miguel Castillo Didier  
Academia Chilena de la Lengua  
micastilgriego@gmail.com

#### RESUMEN

Después de señalar algunos aspectos de la personalidad del Abate Molina y de su obra científica, como naturalista, el artículo se refiere a la obra poética conservada de Molina y se centra en el análisis del poema *De fluviis chilensibus*. También estudia el pasaje del poema *De peste variolarum* sobre un viaje imaginario por los ríos de Chile. Finalmente, el autor presenta su traducción castellana del poema *De fluviis chilensibus*.

PALABRAS CLAVE: Abate Molina, naturalista, expulsión, jesuitas, ríos.

#### ABSTRACT

After identifying some elements of Abbe Molina's personality and his scientific texts, as a naturalist, this article will refer to some of his conserved poetic texts and will focus on an analysis of the poem *De fluviis chilensibus*. It will also study the poem *De peste variolarum*, which recalls an imaginary trip through the rivers of Chile. Finally, the author will include a Spanish translation of the poem *De fluviis chilensibus*.

Key Words: *Abbe Molina, naturalist, expulsion, Jesuits, rivers.*

*Recibido: 12 de septiembre de 2016.*

*Aceptado: 14 de octubre de 2016.*

En la historia de la cultura chilena, y de América, sin duda el nombre de Juan Ignacio Molina ocupa un puesto muy significativo. Sabio elogiado y citado por grandes sabios, y generoso maestro, fue quien, entre la pléyade de jesuitas expulsados brutalmente en 1767, acaso enalteció más el nombre de su patria, estudiando, trabajando y escribiendo en la lejanía forzada, con la tristeza inapagable de la nostalgia y la esperanza, no cumplida, de volver a ver a los suyos, de retornar a su tierra y contemplar sus campos, sus montañas, sus ríos, sus pájaros. Muchos son los nombres ilustres de expulsados de Chile que brillaron en el destierro por sus obras: Miguel de Olivares, Manuel Lacunza, Bernardo Havestadt, Diego Alquizar, Javier Caldera, y varios más. En su libro *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*, el Padre Walter Hanisch ha estudiado la trayectoria intelectual de los componentes del grupo

Juan Ignacio Molina, desde sus años en Chile, nos da una lección especial: su dedicación continua al estudio, a un estudio hecho con amor, con profundo amor a su patria, Chile, y a América. Desde muy niño, junto a su padre, estudió la naturaleza, a la que amó desde entonces: las plantas, los árboles, los animales, los pájaros, las montañas, los ríos. Luego continuó ese trabajo en sus períodos de vacaciones, durante los años de escolar. Lo mismo siguió haciendo después de haber ingresado, a los quince años de edad, a la Compañía de Jesús, aprovechando los lugares en que se desarrollaba la formación: Hacienda Carén, Bucalemu, Talca, Concepción. Como afirma el Padre Julio Jiménez, sus observaciones “no solo eran metódicas, hechas con meticuloso examen de las características más técnicas indispensables para la exacta descripción y clasificación científica de plantas y animales [...], sino que incluso comprendían ya desde entonces una propiamente dicha clasificación sistemática seriamente científica” (70). El Padre Walter Hanisch también destaca el don de observación que tuvo Molina desde niño: “El mérito de Molina consiste en su espíritu de observación. Tuvo, según él mismo dice, como maestro a su padre. Cuando ingresó a la Compañía siguió observando y anotando en Bucalemu, en Concepción y en Santiago, como antes lo hiciera en Guaraculén y en Talca” (*Historia* 167). Y Encina se refiere así al espíritu científico del Abate: “Molina tenía el genio de las ciencias; era un observador profundo; un narrador claro y comprensivo; un sabio completo que reunía los conocimientos más variados y genéricos y una pasión por el estudio que podría compararse a su amor por la enseñanza” (cit. en Briones, *El Abate* 86-7).

Los doce años que median entre la entrada a la Compañía y la fecha de la expulsión, 1767, fueron dedicados a los intensos estudios propios de su formación como jesuita. Pero no por ello dejaba de estudiar otras materias y continuar sus observaciones de la naturaleza. Como escribe Rodolfo Jaramillo:

Durante su vida en Chile, Juan Ignacio Molina se dio increíble tiempo para abordar en profundidad –dedicando a ello horas extraordinarias, días feriados

y períodos de vacaciones— muchos otros estudios modernos, que emprendió y asimiló en forma absolutamente autodidacta: la física de Newton difundida por Musschenbrock, la química de Boerhaave, la zoología de Brisson, la botánica de Tournefort y Linneo, la mineralogía y geología de Waller y Bomaré, las altas matemáticas de Euler, la filosofía de Gassendi y Descartes, astronomía, historia y geografía, y en idiomas —además del latín y del griego de los que llegó a tener el más amplio dominio [...], francés, italiano y mapuche (XXXII).

Así pues, en los años de su infancia, su adolescencia y su primera juventud, Juan Ignacio mostró tres cualidades, que se prolongarán en su vida posterior: su espíritu de investigación y trabajo, el sobreponerse a las dificultades por grandes que pudieran ser, el unir al interés por la naturaleza un verdadero sentimiento de ternura. Esta se manifiesta en la manera de tratar a los pájaros, a los árboles y plantas y a los ríos.

Dieciséis años después de la muerte de Molina, en 1845, Antonio Santagata, un discípulo y luego colega del abate en la Academia de Bolonia, al leer en esa institución una disertación sobre *La vida y la sabiduría* del abate, recordará así estas cualidades: “Omnem igitur optimarum rerum cognitionem atque in iis exercitationem proprio veluti marte sibi comparavit, et viam, que ad sapientiam accederé poterat ex se ipso primum aperuit mox fructuose percurrendam tuto selegit” (*De Vita* 7); esto es, en traducción de Barrios Casamayor, “Este precioso tesoro de conocimientos lo adquirió bajo el influjo de su propia inspiración. El mismo se abrió el camino que lo habría de conducir al templo de la sabiduría; i eligió el modo seguro de recorrerlo con mayores ventajas” (cit. en Santagata, *Elojio* 7).

Pero un día aciago, el 23 de octubre de 1767, es detenido como miles de sus hermanos de Chile y de América, y enviado a Valparaíso. Allí los jesuitas son alojados precariamente, mientras se materializa la orden real. Se les impone brutalmente, sin juicio alguno, el alejamiento indefinido de su patria. Así, el 3 de febrero de 1768 el joven Molina inicia un destierro de más de sesenta años. Ese día los jesuitas dejan la tierra chilena y comienzan un prolongado viaje que los lleva primero al Perú y más tarde, desde allí, vía Cabo de Hornos, a Italia.

Sus apuntes para una *Historia Natural de Chile* le fueron requisados. Al igual que sus hermanos, prosiguió estudiando en el largo y azaroso viaje. Y en Italia, en Imola, donde los jesuitas chilenos llegaron sólo en febrero de 1769, continuó los estudios de su carrera sacerdotal. Logró ordenarse y finalmente hacer sus votos el 15 de agosto de 1773, después de 18 años de estudios. Al día siguiente, la orden fue extinguida por el Papa Clemente XIV. Molina fue uno entre los miles de jesuitas entregados al desamparo, la tristeza y la desesperanza.

Ese mismo año Molina se fue a Bolonia, donde viviría 56 años, hasta su muerte en 1829. Como recuerda Santagata, “Dispersos sus compañeros, Molina se refugió en esta ciudad que amó y sirvió como a su propia patria” (*Elojio* 6). Llevaba la decisión

de seguir estudiando. Se convirtió de nuevo en estudiante. Fue alumno en ese prestigioso centro del saber, que eran la Universidad de Bolonia, la más antigua de Europa, y el Instituto de las Ciencias. Y para poder estudiar, enseñó (*La más importante* 20).

Y he aquí una segunda gran enseñanza de Juan Ignacio Molina: su dedicación a la docencia. Enseñó a través de sus cuatro grandes obras y a través de sus dieciséis *Memorias* a la Academia de Bolonia (de las cuales se publicaron catorce). Y enseñó cada día, como lo destaca Antonio Santagata en *De vita et doctrina Ioannis Ignatii Molinae, chilensis*, semblanza biográfica publicada en 1845, dieciséis años después de la muerte del Abate:

El oráculo de los sabios, el hombre más eminente del Instituto de Italia, aquel que dedicaba a los príncipes obras de gran mérito, ese mismo explicaba diariamente y daba lecciones de rudimentos de gramática latina, de retórica, de poética, de geografía o de historia a una juventud tierna y numerosa, y a cuya capacidad se acomodaba con tanta benevolencia que jamás se le notó de mal humor (cit. en Briones, *El Abate*).

Es de hacer notar que enseñaba gratuitamente a los niños pobres y cobraba a los de familias ricas. Así pudo mantenerse.

El Padre Francisco Enrich escribe que en virtud del renombre de sabio que adquirió

[...] fue nombrado catedrático de historia natural en el Instituto de Bolonia por el año de 1803; y aunque quiso excusarse, proponiendo que se nombrase para aquella cátedra cualquier joven del país, que tuviera buen talento y suficiente aplicación, ofreciéndose a instruirlo privadamente y a dirigirlo para que se desempeñase con honor, no pudo declinar aquel honroso cargo, el cual desempeñó con tanta satisfacción, que muy pronto fue nombrado también miembro de aquel Instituto, Mas no dejó por esto de enseñar y educar en su casa a cuanto jóvenes acudían a él [...] (529-30).

Otra gran enseñanza del Abate Molina fue la de transformar el dolor por la pérdida de su patria en una gran obra para darla a conocer. Así, en palabras de Rodolfo Jaramillo, “lejos de la patria que constituía todo su sentir, toda su inspiración, ascendiendo lenta pero seguramente en sabiduría y en estimación ciudadana, transcurrió más de medio siglo. En los primeros diez años, Molina dio cima a su gran obra descriptiva de Chile y con ella alcanzó fama europea” (cit. en Santagata, *Elojio* 11).

¿Por qué escribió en italiano? “Al respecto, opina autorizadamente don Domingo Amunátegui Solar: ‘Pero si el sabio naturalista chileno prefirió escribir en italiano fue a fin de ser más leído y si desde ese punto de vista sus libros se hallan incorporados a las letras de Italia, por su cuna, por su educación, por su alma ardientemente chilena,

él debe figurar entre los intelectuales de nuestro país” (Briones, *El Abate* 77). Esta idea es reafirmada por el propio Briones a continuación: “Es de todo punto de vista evidente que si trabajaba y vivía en un centro de alta intelectualidad de origen italiano, que lo había recibido condignamente a su valer, tenía que presentar todos sus trabajos en esta lengua” (77). Como informa Antonio Santagata, “entre todos sus compañeros de destierro, Molina era el único que sabía la lengua italiana” (*Elojio* 9), y agrega que en los días de la llegada a Italia, aprovechó esos conocimientos para ayudar a sus hermanos en los primeros pasos para buscar algún acomodo.

Sin duda, su obra científica, cuatro tratados y dieciséis *Memorias* a la Academia de Bolonia, son manifestación de su amor a Chile y a América, a la vez que de su espíritu científico. Al comienzo del prólogo del *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile*, 1782, escribe Juan Ignacio Molina:

El amor que naturalmente inspira la patria me indujo a proporcionar alguna idea sobre ella. Lo hice del modo que me era posible realizarlo, dada la gran distancia que me separaba de los objetos que debían ser representados. Afortunadamente, en ese tiempo me llegó parte de mis manuscritos, perdidos anteriormente en la precipitación y peripecias de mi viaje (*Ensayo* 3).

Y sin duda, es ese amor a su patria es el que inspira toda su obra científica. Los libros en que se vertió esa obra son, como es sabido, el anónimo *Compendio sobre la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* (1776), el *Ensayo sobre la historia natural de Chile* (1782), el *Ensayo sobre la historia natural de Chile* (1787), y la segunda edición del *Ensayo* de 1787<sup>1</sup>, aparecida en 1810, que puede ser considerada una obra nueva por la gran cantidad de innovaciones que trae. En cuanto al *Compendio* de 1776, como expresa Hernán Briones, “a pesar de todas las dudas suscitadas en un comienzo [...], actualmente ya nadie niega que él sea el autor de este *Compendio*” (*El Abate* 108-09). Barros Arana había expresado una opinión categórica al respecto:

No se necesita hacer más que un simple cotejo del compendio anónimo con las historias natural y civil de Chile por don Juan Ignacio Molina para convenirse que todos ellos han salido de la misma pluma. El estilo fácil y corriente, pintoresco y natural, el colorido de las descripciones, la semejanza de muchos pasajes, y hasta las citaciones iguales, dejan ver que aquel compendio fue el primer bosquejo de un libro que el autor amplió enseguida, modificando, sin

---

<sup>1</sup> *Compendium sulla storia geografica, naturale e civile del Reyno de Chile, Saggio sulla storia naturale del Chile, Saggio sulla storia civile del Chile, Saggio sulla storia naturale del Chile.*

embargo, algunos detalles y llenando dos tomos con la materia que en el primer ensayo formaba uno solo (“Don” 33-4).

En el *Ensayo sobre la historia natural del reino de Chile* de 1782, hallamos un elogio de su país lejano, al que llama “el jardín de la América meridional”. En el “Prefacio” leemos:

La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y de sus animales, las lenguas de sus habitantes; y en suma, todo lo que puede empeñar su atención en aquellas varias regiones, entre las cuales, por testimonio de los autores que escriben de aquella parte de nuestro globo, es el Reino de Chile una de las más considerables, cuanto por haber salido dotado de las manos de la naturaleza con parcialidad y con particular cuidado; y porque, sostenida y favorecida de las delicias del clima, ha esparcido allí con prodigalidad sus mejores dones, exentos por la mayor parte de aquellas incomodidades que suelen acompañarlos en otros parajes.

Este país es, por decirlo así, la Italia, o más bien el jardín de la América meridional, en donde brilla con la misma perfección y abundancia que en la europea todo cuanto se puede apetecer para disfrutar una vida cómoda; pues hallándose situada la porción más considerable bajo los mismos grados de latitud, goza de los mismos climas; y extendiéndose al modo de esta mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles. Los Andes, llamados por otro nombre la Cordillera, que le circuyen por el oriente, que hacen las veces de los Alpes y de los Apeninos, encaminándole igualmente que estos un gran número de ríos para que amenicen y fertilicen sus campos [...] (*Compendio* III-IV)<sup>2</sup>.

Y en ese elogio, hay palabras de reconocimiento para el pueblo araucano: sus costumbres, su lengua y su lucha por la libertad:

Pero, a pesar de esto, se conoce todavía con mucha superficialidad un país tan apreciable, que no menos en la parte física que en la política presenta varios hechos dignos de consideración, y apenas se encuentra hecha mención de alguna de sus producciones en las obras de los autores que tratan en la actualidad de las cosas criadas que yacen esparcidas en las varias regiones de toda la tierra:

---

<sup>2</sup> *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bolonia 1782. Traducido como *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*.

de manera que la índole, las costumbres y el armonioso lenguaje de sus antiguos habitantes yacen tan ignorados como los maravillosos esfuerzos con que han procurado defender su libertad con tantas batallas como han dado desde el principio de la conquista hasta nuestros días (V).

El amor a Chile y a América empapa, como hemos anotado, toda la obra de Molina. Rasgo común a diversos jesuitas desterrados es la reivindicación del continente. Desde antes de la independencia, que algunos vivieron para saber de ella, todo lo americano y, en palabras de Battlori, “la misma naturaleza de América tuvo entre los exiliados apologistas de dos clases, los poetas y los naturalistas”. Entre las de estos últimos,

[...] han de contarse sobre todo las grandes obras de Juan Ignacio Molina [...]. Todas estas obras son, implícita y a veces explícitamente, otras tantas respuestas a Buffon, a De Paw, a Raynal [...] en cuyos intentos de desvalorizar la naturaleza misma del nuevo continente y las cualidades humanas de las razas indígenas [...] halló un nuevo estímulo [...] dicha dedicación a estudiar y exaltar lo americano (cit. en Jiménez 130)<sup>3</sup>.

Pero la gran enseñanza del Abate Molina, su amor por su tierra, su amor por Chile, no solo se expresa en sus cuatro<sup>4</sup> grandes obras sobre su país; no solo en sus cartas desde el destierro; no solo en su voluntad de volver a Chile, que no pudo cumplir. También se había manifestado en su niñez y juventud, en su peregrinar por campos y montañas, estudiando plantas y animales, observando la naturaleza, los ríos, los valles, las cordilleras; y asimismo en su obra poética.

A propósito de esta obra poética, escribe Hanisch:

[...] un exponente interesante de la poesía en esta época es Juan Ignacio Molina que escribió un opúsculo de elegías latinas a la ruina de la ciudad de Concepción de 1751; tiene dos partes; siete elegías la primera y nueve la segunda. Escribió además una poesía al P. Miguel de Olivares y otra a los ríos de Chile (forman parte de un librito destrozado) y unas elegías por haber recuperado la salud. Barros Arana poseía un tomito de Molina en el cual había tres odas griegas, latinas, dos poemas épicos y otras piezas (Sommenvogel, cf. Molina) (*Historia* 90).

<sup>3</sup> La obra de Battlori es *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, 1966.

<sup>4</sup> Véase supra la opinión de Hernán Briones sobre el *Compendio* de 1776.

Desafortunadamente, la colección original de poemas de Molina, que vio Barros Arana, no se ha podido encontrar. En ella había tres odas en griego<sup>5</sup>, catorce odas en latín, una égloga, dos poemas épicos cortos, un gentilíaco y diez acrósticos. No queda claro en qué lengua estaban aquellas composiciones no latinas ni griegas. De todo ello, se conservan cuatro poemas latinos y algunos en italiano: un soneto, una décima, varios epigramas. Los poemas latinos son: *Elegía autobiográfica*, *De fluviis chilensibus* (“Sobre los ríos de Chile”), la *Ad Callium, olim Cale* (“Oda a Bolognia”), el poema *De peste variolarum* o “Elegías de la viruela”, de 622 versos; *Las Elegías sobre la ruina de la ciudad de Concepción*. El título en latín de esta última señala que es su primera obra. Ya en ella agrega al suyo el nombre de Ovidio, poeta a quien recuerda con admiración en su poema sobre la viruela y a quien dedica esa composición, escrita mientras estaba convaleciente de la peste en la que perdió a varios de sus compañeros de religión: *Ioannis Ignatii Ovidii Molinae Opuscula Elegiaca. Opusculum Primum De Concepcionis Urbis Ruina*. El poema recuerda y describe el terremoto y maremoto de 1751<sup>6</sup>.

Y en Chile, en su juventud, había escrito, como buen estudiante jesuita, en griego y en latín. Y enseñó el griego en alguna etapa de sus estudios<sup>7</sup>. También en el destierro escribió una oda en latín. Desafortunadamente, no tenemos sus poemas en griego. Queda el testimonio del P. Miguel de Olivares, que es de la época en que Molina había terminado su noviciado y seguía los estudios regulares de su formación sacerdotal: “Hoy tenemos un joven jesuita a quien las Musas han querido visitar, peregrinas desde el Latio y la Grecia, inspirándole felicísimos versos en ambos idiomas” (cit. en Briones, “Las ‘Elegías’” 205).

Además de los poemas latinos *De peste variolarum*, *De Concepcionis Urbis Ruina* y *De fluviis chilensibus*, hay en el volumen de manuscritos de Molina que reposan en el Archivo Nacional, varias obras en verso del Abate: la parte final de una elegía latina, cuyas primeras páginas faltan; otra titulada *Ad Mich. Olivarium*; la *Decima alla Spagnuola* escrita en italiano, a la que siguen veintiocho hexámetros en latín sobre el mismo tema; la oda latina *Ad Callium, olim Cale*. Briones menciona,

---

<sup>5</sup> Imposible saber cuántas obras habrá escrito Molina en griego. Santagata informa que la lengua griega “le era muy familiar, pues con preferencia a todas la escribía de corrido” (*Elojio* 6). “Ho est Graecorum in lingue, quam probe noverat, furtim rxcercebatur: Graece siquidem de totiis aliis a dictato scribebato”.

<sup>6</sup> Esta obra fue traducida por Hernán Briones: “Las ‘Elegías a la ruina de Concepción’ del abate Juan Ignacio Molina y González”. Presentación, traducción y notas de H. B. T., *Revista LIMES* 5-6, 1993-1994 (Santiago).

<sup>7</sup> “Sabemos que el P. Molina enseñaba el griego” (Hanisch, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* 84).



además varios *Epigramas*, principalmente epitafios y varios poemas en italiano, entre ellos un soneto (*El Abate* 97-8).

## EL POEMA SOBRE LOS RÍOS DE CHILE

Un testimonio conmovedor de ese amor por su país son su poema latino *De fluviis chilensibus*, *Sobre los ríos de Chile*, y el fragmento de su *Oda a la viruela* en que recuerda los ríos. En aquella obra muestra no solo conocimiento de los ríos, sino los sentimientos de admiración y de ternura que ante ellos experimenta el autor.

*De fluviis Chilensibus* es un poema de sesenta versos hexámetros, que se ha conservado al parecer completo. De esos versos, catorce contienen una digresión histórica para dar una presunta etimología al nombre del río Mataquito. El poema comienza con un hermoso verso, en el que nombra al país como “mi Chile”: y le aplica al país el epíteto “rorida”, es decir, “cubierta de rocío” o “abundante en rocío”. Este es el verso: “Formosos amnes gignit mea rorida Chile”, esto es, “hermosos ríos engendra mi Chile abundante en rocío”.

Pero hay un pasaje en las *Elegías de la viruela* que es, en cierta medida, un paralelo de aquel poema, aunque con diversas variantes en la presentación de los ríos. En medio del ardor de la fiebre que le provoca la enfermedad, el poeta viaja mentalmente por la zona central, siguiendo los ríos que ofrecen su agua fresca. Además, hay también en esas *Elegías* un pasaje especial para el río Claro, al cual el joven poeta le tiene un amor particular. Se imagina dialogando con el río, al que se dirige nombrándolo “amnis amice”, río amigo, y “amabilis amnis”, río amable, y diciéndole que quizás ahora no lo conozca, pues tiene el rostro desfigurado por la peste. Después se despide del río Claro

*Mi Rioclare vale, iam nos vocat obvia Talca,  
Prima juventutis conscia Talca mea.*

Mi Rioclaro adiós, ya la amable Talca nos llama,  
mi Talca confidente primera de mi juventud.

La desembocadura del Maule es descrita con palabras de admiración ante la grandeza del espectáculo que proporciona:

*Et murmur longe auditur, velut aquoris ingens,  
Et praeceps inter saxa rotata fragor.  
Maulis adest [...]*

Largo rato un estruendo se escucha inmenso como el mar,  
fragor que entre piedras que giran precipítase:  
el Maule llega aquí [...]

Nos parece ver al río Itata con los ojos del joven Juan Ignacio que contempla embelesado sus aguas:

*Video pulchros te, dives Itata, liquores  
Et video vites, amnis amene, tuas.*  
Tus bellas aguas contemplo, noble Itata,  
y miro tus viñedos, río amable.

Al Biobío, cuya corriente se adentra varias millas en el mar, lo llama “el rey entre los ríos chilenos”:

*Hoc Biobius abit, quam lato solvitur alveo!  
Per tria spumosas millia spargit aquas.  
Inter Chilenos late rex imperat amnes.*  
¡Este Biobío se desliza y en un lecho amplísimo sale!  
Por tres millas derrama espumosas aguas.  
De lejos como el rey impera entre los ríos chilenos.

En el poema *De fluviis Chilensibus*, Molina dice del Biobío:

El Biobío anchísimo ingente cauce tiene; nunca sin barca suele atravesarse. Aunque no es menor en modo alguno, el Laja igualmente se le junta. Y el Biobío en las olas del mar por muchas millas fluye.	55 <i>Ingentem Biobius habet latissimus alvum, Transiri nunquam qui sine lymtre solet. Sic etiam minime minor insinuat Alaja Per fluctus Pelagi, millia multa fluens.</i>
---	---

Hemos traducido el poema. ¿Pero cómo traducir el hexámetro latino? En la forma en que tradicionalmente se lo ha vertido, en el verso de catorce sílabas, no era cómodo hacerlo. Decidimos que era más adecuado recurrir a diversos metros. Así hemos utilizado versos de 7, 9, 11 y 13 sílabas.

Molina parte desde el Maipo y llega hasta el Bío Bío, donde comienza la “pequeña república araucana”. El poema termina en forma un poco inesperada con estos versos: “Haec sunt Chilenses inter clarissima lymphas flumina; / non magnum caetera nomen habent”, “estos son los ríos famosísimos de las aguas chilenas; un gran renombre otros no tienen”. En el pasaje paralelo también parte Molina desde el Maipo, pero llega hasta el río Claro, al que dedica, como dijimos, expresiones de especial amor. Le dice:

Salve tú, noble río Claro que nobles aguas llevas,  
con qué gozosos ojos contemplo yo tus ondas [...]

Y recuerda que en sus aguas se bañaba y en sus riberas, entre los temos ribe-  
reños, tomaba el fresco:

Aquí está el amable río Claro;  
esta misma selva sus aguas  
famosas las cubría.  
En estas orillas y arenas yo tomaba  
bajo estos temos el grato frescor;  
en estas piedras me sentaba  
y en estas aguas me bañaba [...]

En ambos textos se menciona, aunque en forma distinta, la leyenda según la cual el río Cachapoal, que el poeta nombra como Cachapual, con “u”, con tres sílabas, habría cambiado de cauce por intervención divina, a petición de un pariente de Francisco de Villagra. La mención de la creencia popular es más extensa en el poema sobre los ríos.

Algunas expresiones del texto dejan duda sobre la referencia. Así, dice Molina que el Maule “marmore iungit aguas”, junta sus aguas en mármol. Del Itata dice: “Hinc fluit et refluit vinoso tramite Itata / uicundus Bromio per sua prata suo”, es decir, “desde aquí fluye y refluye el apacible Itata, por su vinoso curso hacia su Dioniso”.

Una expresión graciosa dedica al Loncomilla, del que dice que “en otro tiempo acompañó mi nacimiento” / el Loncomilla “qui, celebris vates sim modo, clarus erit”, “que será famoso si yo llego a ser un célebre poeta”.

También en el poema, Molina dedica palabras especiales a su amado río Claro:

*Clarus es, a claris specioso nomine  
lymphis dictus  
et, eximius, Talcica rura lavas.*

Claro eres y con hermoso nombre  
eres llamado por tus claras aguas,  
Y los talquinos campos riegas,  
tú, río singular.

Esta es la traducción del poema *Los ríos de Chile*:

Hermosos ríos engendra mi Chile  
rico en rocío es; ni árido ni faltó  
de agua en parte alguna.  
De aquí Chile el primero al Maipo  
muestra amplio río que baña  
fértiles campos, márgenes frondosas.  
En vez de puente, por trenzadas cuerdas  
unido el Maipo está, porque no puede  
soportar ni ladrillos ni maderos.  
Corre después el Rapel agitado,  
al que sus aguas da el Cachapoal

1 Formosos amnes gignit mea rorida Chile,  
Nec lymphis usquam tórrida facta caret.

Hinc Maypum ostentat lambentem  
flumine largo  
Margines frutices, frugiferasque plagas.  
5 Funibus est iunctus Maypus pro ponte  
retortis,  
Ferre etenim lateres, celsave ligna nequit.  
Ulterius currit Rapel implacabilis undae,  
Tinguiririca illum Cachapualque replent:

y da el Tinguiririca. Aquél dejó  
 su cauce otrora por poder divino:  
 y por allí por donde nunca iba  
 sus aguas lleva ahora desviadas.  
 En efecto un varón de la familia  
 del insigne Francisco a arrear  
 forzado rebaños que buscado había  
 llegó hasta las riberas una vez.  
 Por causa de las nieves derretidas,  
 no permitía por crecido el río  
 el paso ya elegido.  
 Alzó al cielo las manos el viajero  
 a Dios rogó,  
 y al sueño se entregó, pues era noche.  
 Al apuntar el día se dio cuenta  
 que a sus espaldas iba ahora el río  
 y que podía proseguir su senda.  
 Dan nacimiento al Mataquito  
 los ríos Lontué y Teno.  
 Y el que antes era doble  
 como único corre hacia la mar.  
 La causa de aquel nombre es ésta:  
 Chile tomó sus viejas armas conjuradas  
 en contra del dinasta hispano.  
 El jefe era Lautaro el terrible  
 que con indios diez mil  
 los techos deseaba de Santiago.  
 Junto a ese río puso por la noche  
 desprevenido campamento  
 e incauto dio al descanso los cansados  
 cuerpos.  
 Aprovechóle al español el sueño  
 pues de Penco el capitán  
 pues de prisa hábale seguido  
 las espaldas el capitán de Penco,  
 el cual por ser aún de noche  
 y para que españoles no cayeran  
 les mandó ir a los soldados  
 con aqueste santo y seña:  
 el que ataque a matar que exclame “Mata” Caedere qui btenet Mata proclamet, et ille

Cachapual qui olim linquit divinitus alvum,  
 10 Quaque ierat nunquam, nunc vada flexa  
 refert.

Quippe vir insigni Francisci ex gente coactus

Quaesitos certo tempore ferre greges,  
 Venit ad has ripas; nivibus de more solutis

Impedit optatum turgidus amnis iter:

15 Sustulit in Coelum palmas Divosque y  
 precatus

Concessit somno, tempora noctis erant.  
 Mane orto cernit post tergum flumen obire,

In tutoque viam pergere posse suam.  
 Et Thenus, et Lontues Mataquiti flumina  
 gignunt,

20 Quique prius dúplex, unus in aequor  
 abit.

Nominis haec causa est, Chile iurata vetusta  
 Hispanis dominis intulit arma suis.

Dux Leuthranus erat, qui cum ter millibus  
 Indis,

Tecta Iacobopolis concupiebat atrox.

25 Flumen ad hoc posuit per noctem  
 improvida castra.

Et somno incautus corpora fessa dedit.

Profuit Hispano somnus tunc quipe tribunus  
 Pencianus propere terga sequutus erat.

Qui quod adhuc esset nox, ne caedantur  
 Iberi,

30 Militibus signis talibus ire iubet,

y el atacado diga “Quito” con voz fuerte.	Qui petetur, dicat voce notante Quito.
Vale “Mata” en español	Mata apud Hispanos valet id quod Macto
Como vale en latín “Macto”	Latine.
y Quito dice aquello que el soldado ruega	Quod Quito miles venerat illum ait.
De todos los ríos que bañan	35 Omnibus ex fluviis Chiles lambentibus
	arva,
los campos de Chile, yo doy, no sin razón,	Do Maui primas non sine iure meo,
rango primero al Maule al cual le viene	Maulis ab Alpe venit nostra rapidissimus
de nuestros Alpes rapidísima corriente,	amnis,
río que a la mar recuerda	Quique salum strepitu, murmuribusque
por su bullicio y por su estrépito;	refert.
curvas sendas no tiene	Fert curvas non ille vías, rectissimus errat,
y corre muy derecho.	
En su lugar de nacimiento	40 Quoque oritur spatio, marmore iungit
sus aguas junta en mármol;	aquas
ni ante el océano cede y en lo profundo	Nec cedit Ponto, victor mea timo per undas,
bajo las olas pasa victorioso	
y expulsa de sus vados las salobres aguas.	Depellitque suis salsa fluentia vadis.
Por una parte y por otra recibe	Utrinque admittit fluvios, amnesque minores
ríos y arroyos incontables	Innumeros, quod sit longa referre mora.
que enumerar largo sería.	
En otro tiempo acompañó mi nacimiento	45 Loncomilla, meis sequitur natalibus
	olim,
el Loncomilla, que será famoso	Qui, celebris vates sim modo, clartus erit,
si llego a ser un célebre poeta.	
Y aunque abundante en aguas,	Hic quoque subiicitur, quanvis sit dives
igualmente este río se somete	aquarum,
a las maulinas ondas.	Mauliacis undis, nomine et amne cadens.
Te pasaba de largo, río Claro,	Praeteritus eran, quod ítem tua nomina
que tu nombre lo pierdes	perdas,
y vas buscando al Maule.	50 Non tuus et Maulem, te Rioclare, petas.
Claro eres y con hermoso nombre	Clarus es a claris specioso nomine lymphis
eres llamado por tus claras aguas,	Dictus et eximius Talcica rura lavas.
y los talquinos campos riegas,	
tú, río singular..	
Y desde aquí fluye y refluye	Hinc fluit, et refluit vinoso tramite Itata,
el Itata apacible,	
con su vinosa senda,	Iucundus Bromio per sua prata suo.
por sus praderas hasta su Dioniso.	
El Biobío anchísimo	55 Ingentem Biobius habet latissimus alvum,

ingente cauce tiene;	
nunca sin barca suele atravesarse.	Transiri nunquam qui sine lymtre solet.
Aunque no es menor en modo alguno,	Sic etiam minime minor insinuat Alaja
el Laja igualmente se le junta.	
Y el Bíobío así en las olas del océano	Per fluctus Pelagi, millia multa fluens.
por muchas millas fluye.	
Y son éstos los ríos más famosos	Haec sunt Chilenses einter clarissima
de las aguas chilenas,	lymphas
y gran renombre otros no poseen.	60 Flumina, non magnum coetera nomen
	habent.

Sin duda, este es un poema hermoso. Muestra el conocimiento que tenía el joven Molina de los ríos, a los que caracteriza con pocas pero certeras palabras. Muestra el hondo amor por la naturaleza que, desde muy pequeño, tuvo. Y muestra un sentido poético que corroboran las otras odas latinas que conocemos y que acaso hubieran podido desarrollarse también en castellano, si no se hubiera producido la expulsión. E incluso podemos hablar de ternura en su trato al río Claro, preferido por él desde su niñez.

No volvió a ver Juan Ignacio Molina las aguas de sus ríos amados, arrebatado para siempre y llevado lejos de todo lo que le era querido, aquella aciaga noche de agosto de 1767. El Padre Hanisch, al enmarcar el destierro de los jesuitas en el torrente de los hechos que marcan la terrible historia de los exilios, escribe: “Molina perdido en el mar de tan vastos acontecimientos, contribuye con su gota de agua, amarga como el mar, extensa como su vida, desterrado 62 de los 89 que vivió; pero que superó con la ciencia, la enseñanza, la religión y la amistad. Y fue la ciencia de la naturaleza de su patria el modo de recordarla y enseñarla a la docta Europa con el mejor lenguaje de los sabios” (“Juan Ignacio” 6).

## BIBLIOGRAFÍA

- Barros Arana, Diego. “Don Juan Ignacio Molina”. *Estudios Histórico-Bibliográficos Obras Completas*, vol. XI, Santiago: Imprenta Cervantes, 1911.
- . *Historia General de Chile*, volumen VII. Santiago: Editor Rafael Jover, 1886.
- Briones, Hernán. “Las ‘Elegías a la ruina de Concepción’ del Abate Juan Ignacio Molina González”. Presentación, traducción y notas de Hernán Briones Toledo. *Revista Limes* 5-6 (1993-1994): s/i.
- . *El Abate Juan Ignacio Molina. Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1968.
- Enrich, Francisco. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Barcelona: Imprenta de Francisco Rosal, Hospital, 1891. 2 vols.

- Hanisch, Walter. *Juan Ignacio Molina y sus obras*. Talca: Editorial Universidad de Talca, 1999.
- . *Juan Ignacio Molina Sabio de su tiempo*. Santiago: Ediciones “Nihil Mihi”, 1976.
- . *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre S. A., 1974.
- . *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1972.
- Hanisch, Walter. y Charles Ronan. *Epistolario de Juan Ignacio Molina*. Santiago: Editorial Universitaria, 1979.
- Jaramillo, Rodolfo. “Juan Ignacio Molina, primer científico nacional”. Introducción a J. Ignacio Molina. *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile*. Trad. Rodolfo Jaramillo: Santiago: Ediciones Maule, 1987.
- . *Elegías latinas de la viruela, 1761*. Santiago: Ediciones “Nihil Mihi”, 1976.
- . *La más importante obra poética juvenil del Abate Juan Ignacio Molina. Elegías latinas de la viruela. 1761*. Santiago: Ediciones “Nihil Mihi”, 1976.
- Jiménez Julio. *El Abate Molina Humanista clásico y sabio cristiano*. Santiago: Universidad Católica de Chile, 1974.
- Molina, Juan Ignacio. *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile Bolonia*. 1810. Trad., prólogo y notas de Rodolfo Jaramillo. Santiago: Ediciones Maule, 1986. Web. 11 Ago. 16.
- . *Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile. Primera Parte que abraza la Historia Geográfica y Natural*. Trad. Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. Madrid: por Don Antonio de Sancha, 1788<sup>8</sup>.
- . *Historia Natural y Civil de Chile*. Selección, prólogo y notas de Walter Hanisch. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.
- Oyadener, Patricio. (2003) *Saber y saborear Cuatro “Memorias” del Abate Molina*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2003.
- Santagata, Antonio. *Elojio de Juan Ignacio Molina Escrito en lengua latina i pronunciado en la Academia de Bolonia por el Sr. Antonio Santagata*. Trad. Barrios Casamayor. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1856.
- . *De Vita et Doctrina Io. Ignatii Molinae Cilensis Sermo*. Bononiae [Bolonia]: Ex Typographeo Emygdii, 1845.
- Stuardo, José. “Trascendencia del primer *Saggio sulla storia naturale del Chili*, su traducción, el *Compendio Anónimo* y el Bicentenario”. *Revista Atenea* 495 (2007). Web. 10 Ago. 16.

---

<sup>8</sup> En realidad, Arquellada tradujo el *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, de 1782, y colocó equivocadamente el título del *Compendio* de 1776.